

Interés por las cosas pequeñas (In memoriam de Juan Luis Ugidos)



Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA

Los jerónimos escribían a la muerte de los religiosos las llamadas “memorias sepulcrales” que redactaba generalmente de oficio el padre Vicario. No es este el caso sino el testimonio personal de lo que me unió en muchos aspectos a J.L. Ugidos. Viajamos bastante descubriendo las cosas pequeñas: las ermitas románicas y visigóticas, las clausuras femeninas enclavadas en pequeños núcleos urbanos, los pósitos de la reforma agraria del marqués de la Ensenada que quedan en muchos pueblos de Castilla...

-Tú háblame del monumento que yo te sigo con el objetivo, me decía. Y sabía captar detalles que luego resultaban atractivos de contemplar.

En algunas pocas ocasiones, por contraste, visitamos yacimientos arqueológicos, ahora pequeños testimonios, pero otrora monumentos importantes y algunas ruinas de grandes civilizaciones.

Por caminos e intereses diferentes descubrimos el Monasterio del Escorial cuando comenzamos a mirar los detalles, y me sorprendía con imágenes sugestivas

que su objetivo, saber y paciencia, transformaba en cosas grandes porque sabía captar el alma de esas cosas casi insignificantes, después de muchos paseos solitarios y de disparar muchas veces hasta lograr lo que quería. Podía parecer un turista despistado mirando aquí y allí... pero sabía lo que buscaba.

Como sometiendo su obra a examen me dedicó un precioso álbum ricamente encuadernado con un Escorial inédito, íntimo y grandioso.

Poco a poco le fui enseñando parte de Portugal y quedó fascinado de los paisajes, los monumentos y los tipos; disfrutamos del *bacalau* y del *vinho verde branco* de Amarante; habrá dejado en algún archivo del ordenador una rica colección de imágenes de los impresionantes paneles cerámicos y frontales de altar de capillas y claustros, casonas y palacetes. Por su afán de perfeccionismo y querer ordenar las fotografías, después de poner fin a ser copiloto, me he quedado sin tener una copia, pero conservo las vivencias imborrables, sobre todo, de algunos lugares especiales.

Por un accidente mío tuvimos que renunciar a ir unas vacaciones a Madeira -teniendo pasajes y reserva de hotel-, y unos años después cuando pude hacer el viaje ya no me quiso acompañar por no poder seguir el ritmo de mis viajes culturales, aunque luego le conté cosas que pudiese comparar con las del continente.

Con enorme mansedumbre fue aceptando las limitaciones que fueron apareciendo en la vista y supo adaptarse a esa situación renunciando a nuestros viajes; le escuché más de una vez cuando se lamentaba de que no se contase con él para ciertos proyectos innovadores que con su preparación y cualidades hubiesen sido modélicos.

Fue libre y por eso crítico; también por eso tuvo que pagar peaje. Le animé a no rendirse y que siguiese adelante con objetivos personales. Lo hecho ahí está y es evaluable, pero duele pensar lo que podía haber hecho y quedó en la carpeta de los proyectos.

Me queda el recuerdo de su grata compañía, de sus discusiones sobre autores, libros, personas y sus largos correos electrónicos en los que reflexionaba acertadamente sobre el entorno. También queda el estímulo de no quedarse quieto, apoltronado, recordando agónicamente el pasado, sino de estar proyectando tareas y mirando al futuro con ilusión.

Ese interés por las cosas pequeñas también era amor por ellas y por él pasaron a ser grandes porque le hicieron grande a él sin perder la sencillez de pasar casi desapercibido.

Claro que sentimos su muerte, pero confiamos que esté rodeado de la belleza cuyo rastro fue buscando aquí y recogiendo testimonios en silencio.

Javier Campos

Septiembre de 2016 en San Lorenzo del Escorial

